

Península le avisara llevando al hoyo en pocas horas á su preceptor, el arzobispo Bisuntino.—Vigoroso y sanguíneo, y dado á los ejercicios corporales, el rey Felipe no temió jugar reciamente á la pelota en lugar frío y dejarse resfriar sin cubrirse. Destemplado ya, ocultó su indisposición y salió de caza. Á los pocos días se declaró la congestión pulmonar, complicada con una cuotidiana intermitente, ó calentura perniciosa, si hemos de estar á la relación del médico Doctor de la Parra. El cual añade, al referir los últimos instantes del *Hermoso*: «En las cinco horas que allí estuve, vi á la Reina, mi señora, estar allí contino mandando lo que se hiciese y haciéndolo y hablando al Rey y á nosotros, y tratando al Rey con el mejor semblante y tiento, y aire y gracia que en mi vida ví muger de ningún estado.»

Los testimonios andan acordes en que Juana de Castilla mostró, en los primeros instantes de su viudez, un sentimiento «tan moderado y cuerdo», que ni hizo ex-

tremos ni derramó una sola lágrima. Calma traidora, que, como la del mar en el último viaje, ocultaba la resaca y la impetuosa corriente. Mientras Juana, silenciosa y con las pupilas secas, miraba al esposo muerto, los criados del Archiduque vestían al cadaver ricas galas, ropón de brocado aforrado de armiños, en la cabeza una gorra prendida con deslumbrador joyel, sobre el pecho una cruz de pedrería, en los pies elegantes borceguies á la flamenca.—Ataviado así, yacía en su túmulo el hombre más amado que registra la historia, la cual nos informa también, con su rudeza enemiga de idealizaciones, de que aquel ídolo «se daba mucho á mujeres y que era grand comedor y bebedor, ...é cada día ó muchos días procuraba... haber mozas vírgenes... y traía á la Reyna su mujer presa como captiva... andaba muy mal servida y mal vestida.»

Poco tardó en estallar la tormenta. Pasado el periodo de estupor, despertóse Juana; su primer impulso fué el natural:

abrazarse con el cadáver, cubrirlo de apasionados besos.... El autor coetáneo que lo refiere añade: «Y creo que hubiese permanecido así abrazada á él por todo el tiempo de su vida, si no la hubiesen separado del cadáver, y aun así, incesantemente pedía la dejasen estar á su lado, siendo preciso llevarla á su cámara, donde estuvo muchos días y noches vestida sin querer acostarse.» Nótese que hasta aquí no hace Juana cosa que no suelen hacer los que pierden á un ser querido. Estos extremos, en los primeros instantes, nadie los toma por indicios de extravío mental, sino por legítimos desahogos. ¡Cuán necesarios son al espíritu humano los beneficios de la inconstancia! (no quiero decir *inconstancia amorosa*, sino de *ideas*). ¿En qué se diferencia Juana de Castilla de las demás honestas viudas que riegan con llanto los despojos de su compañero? En que éstas, derramada la aflicción, vuelven á la sociedad, se interesan por ella, recobran sus quehaceres, aceptan otros pensamientos,

y no sólo van consolándose, sino que pueden conseguir el olvido.... Juana permanece inmóvil en el dolor, que como la estrella polar al navegante, marca rumbo á su vida. Para ella la sucesión del tiempo, concepto abstracto y sin realidad positiva, tampoco tiene virtud curativa del dolor: lo que sucedió, sigue sucediendo. La fuerza de su amor da á una sola idea de Juana valor de *idea divina*, siempre presente. Verdad que esta idea suprime las restantes, observación que explica la belleza poética del carácter de Juana, su unidad, su interés para el dramaturgo, para el novelista y para el psicópata.

El autor ya citado, que describe á Juana abrazada con el cadáver del Archiduque, estima esa persistencia de sentimientos como síntoma de alienación. Hablando de los celos de Juana, dice lo siguiente: «Cayó la buena Reyna en tales celos, y de tal manera, que jamás ha sabido ni podido salir de ellos, continuando así por tanto tiempo que este achaque le ha quedado como una mala costumbre, llegando

hasta el delirio amoroso, cólera excesiva — é inextinguible, de tal suerte, que en tres años no ha disfrutado del menor bien y reposo, bien así como si fuera una mujer condenada ó fuera de sentido.»

Más tenaz, si cabe, el sentimiento póstumo, había de llenar toda la existencia de Juana. En medio de su tribulación, quizá sintió la gran enamorada un extraño género de consuelo; ya era suyo, y suyo solo, el galán con tal coquetería ataviado para la tumba. Los celos no la torturarían más; los apagados ojos de Felipe no volverían á posarse en el rostro de otra mujer.—Segura ya de no repartir con nadie, Juana á su vez pensó en vestirse y adornarse para el esposo muerto, y «tan pronto como supo que habían llevado el cadáver de su marido á la Cartuja de Miraflores, quiso ir á ella, y se hizo preparar trajes de duelo, nuevos todos los días, hechos á su capricho, á veces en forma de hábito de religiosa». No podía resignarse á que le ocultasen el adorado cuerpo las cuatro tablas del ataúd; su ávida pasión

no quería otorgar á los pobres restos el descanso de la sepultura; apenas llegada á Miraflores, dirígese á la fosa sepulcral, manda abrir el sarcófago, romper el plomo y la madera, rasgar las telas enceradas y embalsamadas; con sus manos descalza al cadáver, y aplica á los pies desnudos y rígidos sus labios abrasados de calentura. Tanto tiempo estuvo así, que fué preciso apartarla casi por fuerza; desde aquel día volvió todas las semanas á repetir igual demostración. Habiendo resuelto trasladar el cadáver de Burgos á Granada, púsose en camino, acompañando al féretro, y dondequiera que el cortejo se detenía, volvía Juana á devorar á besos los helados pies.... Empezaba á cumplirse el siniestro vaticinio de la agorera sibila celta<sup>1</sup> que anunciara al apuesto garzón, hechizo de las damas parisienses, que «más caminos y más tiempo había de andar por Castilla muerto que vivo».

<sup>1</sup> Dicen que «una vieja gallega» fué quien dió á Don Felipe este aviso.

En tanto que la Reina sólo atendía á la tragedia interior, políticos y ambiciosos no la perdían de vista, deseando aprovechar las circunstancias. Lo primero, se pensó en dar nuevo esposo á la que no cesaba de llorar al antiguo. Los grandes de Castilla, recelando la ingerencia del monarca aragonés, ofrecían á Doña Juana la mano de distintos magnates muy ilustres. Por su parte, Fernando de Aragón, hábil siempre, gestionaba el matrimonio de su hija con el Rey de Inglaterra, y Catalina de Aragón, Princesa de Gales, escribía á su hermana cartas persuasivas, insinuando con suavidad femenil que, antes de fallecer Don Felipe, ya andaba prendado de Juana el inglés.—Tan diestras combinaciones fracasaron; la diplomacia de Fernando tropezó en un corazón. Escribía el Rey Católico con tal motivo al doctor Puebla: «Habéis de saber que la dicha Reina, mi fija, trae de continuo consigo el cuerpo de su marido, que Dios haya, y antes de mi venida nunca pudieron acabar con ella que lo sepultase,

y después de yo venido ha mostrado que desea que el dicho cuerpo no se entierre..., y yo he mandado por un breve á Roma por ver si aprovechará para que más presto le quiera sepultar..., y en habiéndolo sepultado, yo le tornaré á hablar para saber su voluntad en lo del casamiento...» ¡Proyecto de imposible realización, hasta para un Maquiavelo refinado! Á las proposiciones de los grandes de Castilla, Juana respondió con enojo; con ironía á las de su padre, murmurando: «No tan aína.»

Pradilla en un lienzo, Tamayo en un drama, intentaron expresar la aterradora poesía de la lúgubre odisea de una demente de amor, en compañía de un muerto, al través de las áridas llanuras y los yermos despoblados de la tierra castellana. Grandes artistas son de seguro Tamayo y Pradilla, pero el asunto sobrepuja á su inspiración. Lo repito: sólo Shakespeare podría dar forma en las regiones del arte á Doña Juana la Loca. No encuentro en el libro que me sirve de

base para este artículo ningún documento que se refiera á los celos de ultratumba; la repugnancia á posar el cadáver en convento de monjas. Si este rasgo pertenece á la leyenda, creación de la fantasía popular, afirmemos que el pueblo es un inimitable poeta, y que sólo él sabe expresar en un detalle la síntesis de un alma.

Muchos meses hacía que duraba la fúnebre peregrinación, caminando de noche, « porque no deben ser vistas las viudas », cuando logró el Rey Católico que Juana se asentase en Tordesillas, y concluyese aquel viaje fantástico y horrendo, digno de las baladas de Bürger. La Reina se alojó en el palacio—que no existe ya—y el cuerpo de Felipe halló descanso en la iglesia del monasterio de las Claras (dato contradictorio á la leyenda). He descrito hace tiempo este monasterio de las Claras, que debió su fundación á otro amor de filtro y brujería, el del rey Don Pedro por María de Padilla la morena: bajo las caladas bóvedas de oro del

señorial convento se alzó el túmulo, de modo que la Reina pudiese verlo, dice Pedro Mártir, desde sus ventanas (lo cual respondo de que era imposible si el palacio se alzaba en el lugar que indican hoy los moradores de Tordesillas, pero sufragamos que estaría en otra parte). Allí sosegó Juana los impulsos erráticos, sin moderar la vehemencia del dolor: allí hubo de vivir *cuarenta y siete años*, cada vez más absorta y fuera de sí, cada vez más embebecida en el misterioso coloquio de ultratumba, y, dice el cronista « tan agena de quererse ocupar en ningún género de negocios, ni en vida del Rey su padre ni después en todo el tiempo que reinó su hijo, que más se pudo contar por muerta ».

Así corrieron días y meses. Ninguna variación, ningún suceso extraordinario en aquella existencia monotonía por fuera, y por dentro rica y vehemente, desequilibrada y febril. Allá en lo que debían ser los reinos de Doña Juana, los acontecimientos se empujaban, crecía el

siglo, y en apresurada marea ascendía el Renacimiento; espiraba envuelto en los sangrientos guiones de Cerinola y Garelano el Gran Capitán, no tardaba en seguirle á la tumba el Rey Católico, semi-emponzoñado por los eróticos brebajes que le propinara Germana de Foix, y abría sus alas en el horizonte patrio el águila doble de Austria, cobijando á Carlos V. La madre del más glorioso príncipe de la tierra era la ilusa de Tordesillas, la que no probaba bocado en sesenta horas, la que dormía en el duro suelo, la que comía en barreñones de barro que arrojaba á la cabeza de sus servidoras, la que, vestida de burel, desgredada, con las pupilas dilatadas por la alucinación, revuelto el cabello gris, vivía abrazada á un ataúd.

Un día avisaron á la pobre demente de que sus augustos hijos, llegados de Flandes, pedían licencia para besarla la mano. Juana accedió, y les recibió con indiferencia y dulzura. «¿Sois en verdad mis hijos?» preguntó cuando ellos le tendían los

brazos. No tenía conciencia de su maternidad, y en vez de prolongar la entrevista, primera después de larguísima separación, les mandó inmediatamente que se retirasen á descansar las fatigas del camino.

Aquí se engarza un episodio encantador, afiligranado, triste y dulce.—Aquella madre que casi no conocía ni quería ver á sus hijos, ni les hacía lado en su corazón rebosante de savia amorosa, tenía, sin embargo, cerca de sí á uno de ellos, el que llevaba en su seno cuando murió Don Felipe: la infanta Catalina, preciosa criatura de once años. Al verla, Carlos de Gante y la princesa Leonor se conmovieron. La linda niña vestía humildemente: saya de paño burdo, esclavina de cuero y pañolito blanco, eran sus ropas: su aspecto revelaba una infancia solitaria y claustral, un vivir hosco y carcelario. Era su habitación una cámara contigua á la de su madre; su compañía dos criadas viejas, sus distracciones ver jugar bajo las ventanas á los

muchachos de Tordesillas, «porque los niños aman á sus semejantes», dice con tierna sencillez el narrador de estas interesantes noticias.—Alborozada con la presencia de los hermanos mayores, la niña refirió su soledad, su abandono, y rogó que la llevaran á las brillantes cortes, á las ciudades donde hay fiestas y bullicio; y los hermanos, prendados de su gentileza, lo prometieron. Mas ¿cómo quitarle á la Reina aquella niña, única de quien no quería apartarse, *porque era viva imagen de Don Felipe?*

Decidieron robarla. Verificóse la evasión de la niña de noche, por una abertura practicada en el muro de su estancia; la esperaban al pie del muro litera y escolta para conducirla á Valladolid. La corte se alegró; era la Infanta juguete primoroso que todos querían contemplar: la princesa Leonor se divirtió en vestirla y adornarla como á linda muñeca, en ajustar á su cuerpecillo el traje de satén violeta recamado de oro, en trenzarle con sartas de perlas el cabello; y así

compuesta y engalanada, llevándole la cola una dama de honor, cruzó la Infanta las galerías del palacio, admirada, festejada, entre el halagüeño rumor que celebraba su peregrina é inocente belleza....

Entretanto su madre la echaba menos, la buscaba con transportes de enajenación, y declaraba que mientras no le devolvieran la hija no comería, ni bebería, ni conciliaría el sueño.... Súpolo la Infanta: su corazoncito se encogió de piedad dolorosa; y, ¡rara abnegación en tan pocos años!, de su propia voluntad volvió á sepultarse en el melancólico palacio de duendes, no saliendo de él sino para unirse en matrimonio con el rey de Portugal....

Nadie turbó la quietud de Juana, mejor dicho, su tétrica vigilia ante el túmulo de Felipe,—entreverada con arrebatos de furor en que arrojaba á sus sirvientes los platos donde, sentada en el suelo, acostumbra comer,—hasta que se alzó en Castilla el alboroto de las Comunidades.

Estrépito de cañonazos, choque de lanzas, piafar de bridones, sonoro rumor de guerra, despertaron á la Reina del interminable ensueño: cruzó ante sus ojos la noble figura de Padilla: recordó un instante que existía su corona; quejóse de que la tuviesen engañada ocultándole la muerte de su padre, y tendió las manos trémulas y ardorosas hacia el centro, dando indicios de querer empuñarlo. —Fué un instante no más... Desvanecido el tumulto, aquietada ó sojuzgada la nación, otra vez quedó Juana frente á frente con su *idea*.

Hemos visto que el cariño maternal, tan hondo y acendrado en la mujer, era en Juana mero reflejo de otro cariño: que la hija de quien no podía apartarse era la que, fruto póstumo de su unión, retrataba fielmente á Don Felipe y recordaba las últimas caricias. Notemos un síntoma no menos elocuente: la princesa tan devota en su juventud, la hija de Isabel la Católica, había llegado á una indiferencia religiosa casi total: no porque fuese hereje,

como alguien supuso, ni menos porque se dedicase á análisis racionalistas incompatibles con su condición é historia, sino únicamente porque en su alma, donde no cabían los hijos, tampoco ¡oh poder de la pasión triunfante! cabía Dios.

En vano el duque de Gandía, el romanesco jesuíta Francisco de Borja, agota su elocuencia de apóstol y de santo para reavivar en Juana la dormida fe; en vano le representa lo funesto del mal ejemplo que da con abstenerse de sacramentos y no oír misa ni tener en su cuarto las benditas imágenes: Juana reconoce la razón y justicia de tales exhortaciones, promete enmienda, alega que no la permiten ser más devota las brujas que la rodean y sirven, pero se comprende que al volver las espaldas el predicador, tornará la Reina á su apatía, á su incomunicación con el cielo...

Ya tocaba á su término la dilatada vida de la Reina loca.—Nótese que estas grandes enamoradas viven mucho: así Eloisa, así sor Mariana, la monja portu-



guesa. Diríase que el sentimiento exclusivo y tiránico que llena su alma la revisite de una coraza de acero, ó que á la fibra moral corresponde la física. Transcurridos cincuenta años, durante los cuales, como dice el jesuíta Cienfuegos, «tenía enfermo el entendimiento y aun parecía habersele caído del alma aquella noble potencia» por haber amado á su esposo «con más ternura que cuantas se representan en las fábulas y en las novelas»; cuando la pobre maniática medio desnuda ó vestida de harapos, á quien sus criadas osaban *dar cuerda* (tormento) para dominar su frenesí, se acercaba á la última hora de su vivir mortal, sus hijos varones ceñían la corona imperial de Alemania y la real de Hungría, sus hijas se sentaban en los tronos de Francia, Dinamarca y Portugal, y su hermana había sido reina de Inglaterra.—Á pesar del desorden fisiológico, del trastorno en comidas, sueño y abrigo, de la avanzada edad de sesenta y siete años, Juana se mantenía fuerte: mas de súbito el organismo se rindió como

plaza bloqueada que abre sus puertas, vino la hidropesía, presentáronse llagas gangrenosas, y aproximóse el desenlace. Entonces, como el *Ingenioso hidalgo*, Juana de Castilla, Quijote del amor conyugal, recobró á deshora el seso y vió con clara luz y juzgó serenamente el largo delirio de su existencia, y debió de pronunciar algunas razones parecidas á las del buen Alonso Quijano: «Yo tengo juicio ya libre y claro sin las sombras caliginosas de la ignorancia que sobre él me pusieron mi amarga y continua leyenda de los detestables libros de caballerías.... Ya me siento á punto de muerte: querría hacerla de tal modo que diese á entender que no había sido mi vida tan mala, que dejase renombre de loco: que puesto que lo he sido, no querría confirmar esta verdad con mi muerte.» Dicho esto, Don Quijote avisó al Cura.—El cura que asistió á Juana, ya dueña de su razón, se llamaba Francisco de Borja, y fué tan edificante como sorprendente la reaparición de la fe en aquel espíritu donde parecían haberse

secado sus consoladores manantiales. El último beso que imprimió la ardiente boca de la enamorada fué al Crucifijo...—Dió el alma en este beso.

Parece este tránsito feliz de Juana de Castilla prenda de la indulgencia celeste para un amor tan completo, que, mirándolo despacio, asombra su magnitud, cual asombraría la de una inmensa Catedral. Amores así son á la arquitectura espiritual lo que á la material las pirámides faraónicas. No hay que discutirlos: eso no se discute; se ve, se siente, se admira, como admiraríamos grandiosa obra de arte, maravilla de inspiración. Si á última hora San Francisco de Borja, al exhortar á Juana, le dijese, recordando el poema *Amor di caritate*, atribuido á otro San Francisco, el de Asís: «Alma, si por tu ardor enloqueciste, fuera de orden estás», ella podría responder, aplicando también palabras seráficas: «He perdido corazón, juicio, voluntad, placer, todo sentimiento: torpe fango me parece la hermosura, perdición las riquezas y delicias. Un ár-

bol de amor, cargado de frutos y en mi corazón plantado, me nutre. En pago del amor di el mundo entero; sin nada me quedé: á ser la creación mía, sin vacilar la diera por el amor. Pensaba el mundo atraerme de nuevo: llamábanme los amigos que siguen otro rumbo. Mas quien se entregó no puede volver á entregarse, ni el siervo librarse de la servidumbre: antes se ablandaría el risco, que en mí se extinguiese el amor. No se separa lo que en tal manera se unió. ¿Cómo pretendes que yo resista? Amor, ¿quién no querrá enloquecer de ti? Cristo nació de amor, no de carne, y por amor murió en la Cruz.»

